

Superar la catástrofe progresando

LO que en un primer momento pareció ser uno más de los terremotos que han asolado a Chile, se advierte progresivamente como quizás el más grave y devastador —si bien no el más intenso— que nuestro país haya sufrido.

La enorme densidad poblacional del área más ruda y directamente afectada, excede a la de cualquier catástrofe natural anterior registrada en nuestra historia.

Puede tal vez aparecer reiterativo destacar la solidaridad generosa que hoy une a los chilenos ante la adversidad que vivimos. Pero pienso que jamás será superfluo insistir en ello, porque tras ese sentimiento se anidan las mejores reservas morales de la chilenuidad.

Un pueblo cuyos integrantes se ven abocados, cada cierto tiempo, a perder la totalidad o gran parte de sus bienes por cataclismos de la naturaleza, nunca será seducido por el apego exagerado a los bienes materiales, que tanto dañan el alma humana y el espíritu de una sociedad.

Estoy convencido de que la solidaridad que se acrecienta en el dolor, brota decisivamente de que nuestro ser nacional antepone ciertos valores espirituales y humanos a cualquier conveniencia material egoísta. Por eso es capaz de arriesgarlo en defensa

de la libertad y la soberanía patria. Por eso, también, está siempre presto para compartir el dolor con la misma generosidad hospitalaria con que acoge al extranjero fundiéndolo en el crisol de una nacionalidad vigorosa y homogénea.

POR otro lado, en una nación periódicamente exigida y dispuesta a "comenzar de nuevo", la pujanza para reconstruir surge como el complemento indispensable del temple para resistir.

Es precisamente en torno al imperativo de reconstruir donde hoy debemos centrar un esfuerzo nacional gigantesco pero también imaginativo; humano pero también eficientemente modernizador.

El reciente terremoto ha afectado obras de ingeniería de enorme valor económico. También ha dañado construcciones nuevas como consecuencia de fallas en ellas mismas.

Sin embargo, el grueso de lo des-



truido corresponde a lo más obsoleto del área afectada, como es habitual en estas catástrofes. En muchos casos, se trata de viviendas propensas a hacinamientos y con significativos riesgos de salubridad. De ahí que, sin perjuicio de las urgentes medidas iniciales de albergues para quienes han perdido su casa, estimo esencial encarar la reconstrucción con un criterio modernizador y no a base de precarias soluciones de emergencias, que nuestro temperamento y expe-

riencia demuestran tender a quedar como definitivas.

Asimismo, los dramáticos efectos sobre nuestro patrimonio cultural comprometen incluso diversas **formas de vida**, ligadas al tipo de construcción en que éstas se desarrollan. Especialmente perceptible en las zonas rurales, ello incluye también lo más propiamente urbano. No se trata sólo de **restaurar**, sino de **remodelar**.

EL tema desborda las posibilidades de estas líneas. Pero el esfuerzo reconstructor no podría desaprovechar los instrumentos con que —a diferencia de terremotos anteriores— Chile cuenta hoy a través de estudios de calificados arquitectos, urbanistas, historiadores y profesionales en general.

Por otra parte, la necesidad y perspectiva de absorber tanta mano de obra hoy desocupada en el país apunta en igual línea. Si ello se realiza favoreciendo el ingenio y la creatividad personal, resultará más fácil no caer en grandes y rígidos modelos de construcción propensos a "ghettos" o estructuras urbanas que dificultan el intercambio social.

Es la hora de aliviar solidariamente lo apremiante. Pero también de proyectarse en el desafío reconstructor con sentido creativo y de futuro.

“Es la hora de aliviar solidariamente lo apremiante. Pero también de proyectarse en el desafío reconstructor con creatividad y sentido de futuro...”

La Seg. 8-III-85